

LA SEGUNDA MODERNIDAD: INDIVIDUOS CIVILES

Guillermo Nugent

Un acercamiento a la obra del sociólogo alemán Ulrich Beck, quien sitúa el riesgo como eje interpretativo de la sociedad contemporánea.

<http://www.desco.org.pe/gh/gh120in.htm>

En el panorama de la sociología europea actual destaca con nitidez la obra de Ulrich Beck por su capacidad de pensar las nuevas formas de vida social que se han consolidado en las últimas décadas. En los años ochenta publicó *La sociedad del riesgo*, un libro que presentaba un ambicioso programa de reorientación conceptual.

Desde hace un tiempo abundan las explicaciones sobre los límites que habría alcanzado la sociedad industrial, el modelo histórico de la modernización. En términos generales suele hablarse de un cambio a la sociedad de la información, en buena parte asociado con las transformaciones tecnológicas de los últimos veinticinco años. Sin duda aquí hay un prometedor campo de estudio, pero la perspectiva elaborada por Beck siguió un camino distinto.

La ubicación central que posee la categoría de riesgo significa para Beck que la mayor parte de los desafíos que enfrentan los seres humanos en su vida social ya no provienen de la naturaleza, sino de las consecuencias de las propias acciones humanas. Las enfermedades, las maneras de alimentarse, de reproducirnos como especie, todo aquello que genéricamente era envuelto bajo el rubro «intercambio con la naturaleza» ha cambiado drásticamente de signo. Entre sus consecuencias está el paso de una lucha social por la apropiación del excedente, que tuvo su forma clásica en las organizaciones sindicales y en la lucha de clases durante la sociedad industrial, a demandas por el control social del riesgo.

La sociedad del riesgo es un segundo tipo de sociedad moderna, luego de la sociedad industrial y con diferentes orientaciones normativas. Mientras en la primera la actualidad de la apropiación del excedente establece como primera demanda la igualdad, en la segunda la exigencia principal es la de la seguridad. Este nuevo horizonte social ayuda a entender el número creciente de demandas por un entorno social más seguro.

Entre las consecuencias de esta segunda fase de la modernidad está un cambio radical en la manera de pensar la naturaleza. La separación radical entre ésta y la sociedad (que en las ciencias sociales alemanas dio origen a un denso debate

metodológico un siglo atrás) ya no se sostiene. Considerar la naturaleza como un mero almacén de recursos sobre los cuales se realizan determinados trabajos es una manera incompleta de entender la propia vida social. Lo mismo puede decirse del límite al que han llegado las metáforas naturalistas para entender las actividades sociales. Por una parte la imagen de un crecimiento indefinido de las fuerzas productivas, como una planta que crece, es cuestionada de manera cada vez más general. La idea de crecer por crecer, dejando de lado las consecuencias para la calidad de la vida de las personas, ha perdido legitimidad de manera considerable.

Mientras en la sociedad industrial las condiciones de vida y la pertenencia a una clase social tenían una correlación directa; en la sociedad del riesgo surgen problemas que afectan a todos. El caso más característico es el *smog* en una ciudad. Puede haber zonas más contaminadas que otras, pero las consecuencias tienden a afectar a todos: las enfermedades respiratorias, la proliferación de enfermedades como el cáncer ni son adscribibles a un solo grupo social ni tampoco se entienden ya como parte de un imponderable.

El cambio en el sentido de la temporalidad social no es menos apreciable. Mientras antes predominaba la idea de un crecimiento ciego, donde el futuro era simplemente el desarrollo de las potencialidades actuales, ahora el futuro adquiere el valor de referencia crítica de las acciones sociales. Evaluar algo, una tecnología o una propuesta de crecimiento económico, implica poner una atención crítica sobre las posibles consecuencias, no necesariamente favorables, que tales innovaciones podrían acarrear.

Un hito en estos cambios está bien simbolizado por el libro *La primavera silenciosa* de la periodista Rachel Carson. Publicado en 1962, fue un informe sobre las consecuencias devastadoras y hasta ese momento inadvertidas que tenía el DDT. Este compuesto químico, conocido desde el siglo pasado, fue utilizado como plaguicida a partir de los años cuarenta de este siglo y considerado como el equivalente de la penicilina para el tratamiento de las infecciones. El DDT no sólo era una aplicación técnica, además era una fuente de orgullo cultural (el descubridor de su potencial como insecticida recibió el Premio Nobel) e ilustraba este optimismo tecnológico del progreso indefinido. El informe de Carson mostró las consecuencias depredadoras del DDT para la flora así como para los seres humanos; en este último caso a través del consumo de agua que hubiese estado en contacto con esa sustancia. Como se ve, los efectos no se circunscribían a los trabajadores encargados de la fumigación sino que alcanzaban a poblaciones enteras.

A raíz de su publicación se iniciaron en Estados Unidos las acciones legales para prohibir el uso del DDT y luego se ejerció presión en organismos internacionales para

extender su prohibición a escala global. Varias enseñanzas importantes se pueden sacar de este episodio. En primer lugar, constatar cómo una serie de peligros para la vida humana ya no vienen de una naturaleza silvestre e inhóspita. Su origen está en productos humanos cuyos efectos secundarios son altamente perjudiciales. A diferencia de los gases venenosos empleados en la Primera Guerra Mundial, cuya finalidad destructiva era explícita pues se trataba de armas, el DDT era un compuesto elaborado para mejorar las condiciones de vida, de producción agropecuaria. No sólo no implicaba ningún peligro sino que estaba diseñado para acabar con una amenaza tan tradicional como las plagas. Enfrentarse a las consecuencias letales de acciones humanas, y que no han sido producto del uso de armas o de guerras, es una de las grandes novedades de esta época. Aunque la distinción parezca cruel, las víctimas de enfermedades como la leucemia en Hiroshima o en Chernobyl son de un carácter por completo distinto. En el primer caso son consecuencia de un acto premeditadamente destructivo, que refleja la esencia de todas las guerras. En el segundo, se trata de las consecuencias terribles del manejo inadecuado de una tecnología de muy alto riesgo. Los problemas derivados de Hiroshima se arreglan a través de la paz. Los de Chernobyl implican una demanda de seguridad.

Lo que se ha perdido es la confianza en la ciencia como el monopolio de la racionalidad. Es interesante, sin embargo, anotar que no se trata del mero producto de una reacción irracionalista. Por el contrario, se trata de una desconfianza en la ciencia racionalmente motivada. Dicho en términos del propio Beck: «No es el fracaso de las ciencias sino su propio éxito lo que las ha destronado». Esta motivación, sin embargo, requiere una básica independencia de los intereses económicos que ven peligrar sus ganancias, ya no por demandas sindicales de aumento de salarios sino por la definición social de peligro que pueda recaer sobre tal producto o servicio.

Esta presencia del riesgo confiere una nueva importancia a la libertad de pensamiento, tanto en lo que se refiere a la expresión en medios de comunicación como a la investigación en centros universitarios. En efecto, como señala Beck, muchos de los peligros actuales son invisibles para el sentido común y requieren un tipo de exploración científica que esté libre de las presiones ejercidas por los intereses del capital. Las investigaciones sobre la relación entre el consumo del tabaco y el cáncer de pulmón han tenido consecuencias onerosas para las empresas tabacaleras por las indemnizaciones que han debido pagar y las restricciones publicitarias cada vez mayores a las que se enfrentan. Estas investigaciones han sido posibles porque ha habido instituciones públicas y privadas que han podido mantener una elemental independencia y respaldo para continuar sus hallazgos. Igualmente, la importancia de una prensa independiente no solamente tiene que ver con un básico aspecto de las

libertades individuales. Una prensa independiente es necesaria para poder alertar sobre potenciales factores de riesgo en una sociedad. Esta detección del riesgo puede eventualmente entrar en conflicto con intereses corporativos de índole económica, militar o religiosa.

El peso socialmente creciente del riesgo se ve con mayor claridad en sociedades con sistemas de seguros muy difundidos. Beck señala cómo en muchos casos hay una fuerte discrepancia entre las garantías que da el fabricante de un producto, digamos un automóvil o un avión, y la evaluación del agente de seguros. La seguridad de un producto ya no es definida automáticamente por el veredicto tecnológico. La evaluación de sus consecuencias se convierte antes que nada en una evaluación social.

Si percibir el riesgo se convierte en una actividad social más, cotidiana y generalizada, esto trae directas consecuencias sobre la importancia de la educación en la vida social. La existencia de ciudadanos con capacidad de reconocer el riesgo y elaborar criterios de seguridad compatibles con una cultura democrática se convierte en una tarea prioritaria. No es sólo la educación del sistema escolar sino también la necesidad de contar con medios de comunicación que puedan ser capaces de generar debates y llamar la atención sobre potenciales situaciones de riesgo.

La manera de pensar la relación de las sociedades con la naturaleza ha cambiado drásticamente. Incluso aquellos elementos de la naturaleza que aún son impredecibles como los terremotos, huracanes o cambios climáticos que vivimos con la corriente de El Niño ya dejan de ser socialmente neutros. Ahora se los evalúa basándose en si las autoridades tomaron las precauciones adecuadas. Es decir, ni siquiera los más típicos destrozos de origen estrictamente natural quedan al margen de una evaluación de las responsabilidades públicas. Esto es independiente de que el desastre tenga lugar en una sociedad opulenta o en una empobrecida. Incluso los desastres generan responsabilidad política. Un ejemplo tomado de nuestra propia sociedad nos puede ayudar a entender la creciente presencia del riesgo en los razonamientos públicos. En los años ochenta, un presidente civil de la época, Fernando Belaunde, consideraba aceptable atribuir la inflación económica que se había registrado en su gobierno a los desastres producidos por una corriente de El Niño inusualmente fuerte en 1983. Finalmente la responsabilidad recaía en los imponderables de la naturaleza. Quince años después, cuando apareció una corriente de El Niño mucho más intensa, pero también más difundida a través de los medios de comunicación, al presidente actual ya no se le ocurrió responsabilizar al fenómeno natural por las fallas económicas que pudiera haber. Por el contrario, el debate público

se centró en evaluar si se habían tomado o no las provisiones suficientes para disminuir al mínimo el potencial destructivo de El Niño.

¿EL INDIVIDUALISMO CORROE LA SOCIEDAD?

Uno de los lugares comunes más arraigados en la cultura pública latinoamericana es la espontánea identificación entre individualismo y un egoísmo socialmente depredador. La sociedad es más sólida mientras menos espacio para la diferenciación individual haya. Una afirmación que sin duda es funcional respecto de las formas tradicionales del ejercicio de la autoridad y que explica la fragilidad institucional de propuestas democráticas. Sin embargo, en nuestro propio continente ya es posible ver en áreas como Buenos Aires, Sao Paulo y México el surgimiento de movimientos de democracia ciudadana donde aparecen elementos tan individualizados como los derechos de los consumidores, la reivindicación de pluralidad de formas de vida, el reconocimiento de iniciativas individuales en los gobiernos locales.

La narración que propone Beck para entender esta creciente presencia de la dimensión individual en la vida social ayuda a lograr una visión coherente del problema. En primer lugar, una contraparte básica de la aparición de esta sociedad del riesgo es la posición central que tienden a ocupar los individuos en los procesos sociales, lo que el autor llama un «proceso de individualización». Esto ocurre porque el individuo toma distancia de los lazos de clase y de las situaciones sexuales de hombres y mujeres. De lo primero acaso una muestra interesante es la capacidad de los jóvenes para plantear un tipo de identidad que efectivamente no se restringe a los condicionamientos de clase o de género. Pero se trata además de identidades que reivindican un fuerte sentido de la experiencia individual.

Los cambios en la organización de las familias son un factor clave en la explicación de Beck. Sostiene que la sociedad industrial tuvo como requisito paradójico que mantuviera un orden doméstico premoderno. El modelo del hombre trabajando y la mujer que se quedaba en la casa para hacerse cargo de la crianza de los hijos, un componente esencial para la reproducción de la fuerza de trabajo, se apoyaba en un supuesto casi feudal de considerar las diferencias de nacimiento como relevantes para la división del trabajo. De esta manera, nacer hombre o nacer mujer marcaba los límites y posibilidades para desenvolverse en la división del trabajo. Esto cambió definitivamente con el acceso de las mujeres a la educación, en especial a la

educación superior. La igualdad de condiciones desde el punto de vista del mercado profesional trajo como consecuencia que el orden familiar dejara de ser visto como una forma natural de la existencia. El peso del factor consensual en la vida familiar adquirió cada vez mayor importancia. Un sencillo ejemplo puede aclarar esta figura. Imaginen dos escenarios: en el primero, una joven pareja casada con una hija o hijo de tres años. Un día él regresa feliz a la casa porque le han ofrecido un trabajo en Trujillo dentro de su especialidad y con un sueldo apreciablemente mayor que el actual. La esposa también lo considera una buena noticia y al poco tiempo la familia ya se ha mudado a Trujillo. El segundo escenario es también una pareja de jóvenes esposos con una hija o hijo de tres años, a él le ofrecen este trabajo en Trujillo que implica una sustancial mejora salarial. Pero ocurre que la esposa también trabaja y le han hecho una propuesta profesionalmente muy favorable para que vaya a trabajar a Arequipa. ¿Cuál es la mejor solución? Mientras en el primer caso, realmente no hay ningún problema respecto de la decisión a tomar, en el segundo la alternativa más adecuada no es para nada obvia. Lo más probable es que ambos cónyuges hagan una evaluación conjunta, sopesen pros y contras y luego de una larga conversación lleguen a un tipo de acuerdo. La diferencia fundamental en el segundo escenario tiene directamente que ver con la incorporación de la mujer al mercado profesional. Beck lo plantea en estos términos:

«Surgen formas y situaciones de existencia de forma individualizada, las cuales obligan a las personas (en nombre de la propia supervivencia material) a hacer de sí mismos el centro de sus propios planes de vida y de su propio estilo de vida. En este sentido la individuación tiende a eliminar las bases que tiene en el mundo de la vida un pensamiento que emplea categorías tradicionales de las sociedades de grupos grandes (clases sociales, estamentos, capas).»

Entre las consecuencias de esta nueva situación aparece una mayor fragilidad de la familia nuclear de la sociedad industrial, al borrarse la división de trabajo por género que le daba sustento. Esta crisis de una forma familiar no significa necesariamente una disolución de los afectos familiares. Hoy en día es probable, en todo caso normal, que un hombre o mujer adultos pasen por más de una experiencia familiar en su vida. Entre las consecuencias que observa Beck, aparece un aumento de la importancia de los hijos en la biografía de las personas:

«El hijo se convierte en la última relación primaria que queda, irrevisable, inintercambiable. La pareja viene y va, el hijo permanece. El hijo... (es) el último recurso contra la soledad que los seres humanos pueden emplear frente a las posibilidades amorosas que se les escapan (...) El número de nacimientos desciende. Pero el significado del hijo sube.»

La familia nuclear se orienta a formas más consensuales pero también la importancia del amor como elemento de redención individual, como camino a la felicidad, es cada vez mayor, al punto que en otra obra, el autor habla de «la religión secular del amor». La individuación, sin embargo, no significa un ensimismamiento en las intimidades del yo, entre otras cosas porque los contextos que sirven de referencia para la actuación de los individuos se han mundializado literalmente. En una conocida revista, hace unos meses un psicólogo refería el caso de una paciente que se quejaba, señalando que «en Lima no hay hombres» y que por eso quería ir a Nueva York para encontrar el hombre que deseaba. Un dato interesante de la población peruana migrante en los últimos años es la creciente presencia de mujeres. En muchos casos son las mujeres quienes migran primero y luego traen al resto de la familia, invirtiendo de esta manera el patrón más bien clásico del hombre afuera y la mujer adentro, esperando que el marido envíe el pasaje.

Como se ve, los horizontes del yo no conocen límites. Incluso los ensueños se han globalizado, pero además con una clara conciencia de que cada cual es responsable de su propia biografía. Las mayores perspectivas de libertad individual significan también una mayor exposición a las angustias. Sin embargo, la biografía se ha mundializado:

«Mientras los gobiernos (aún) actúan en un marco nacional y estatal, la biografía se abre ya a una sociedad mundial. Incluso más, la sociedad mundial forma parte de la biografía, aunque esa exigencia comparte lo opuesto: tener que relacionarnos con indiferencia, simplificación y oídos sordos.»

SUB-POLÍTICA: UNA REINVENCIÓN

En estas transformaciones las demandas de la política se transforman a su vez en una doble perspectiva. Por una parte, los individuos y las organizaciones de ciudadanos, las ONGs, tienden a ser cada vez más importantes por su capacidad para registrar los elementos de riesgo. Podríamos agregar que mientras en las sociedades de la segunda modernidad la evaluación del riesgo tiene que ver con una evaluación permanente de las innovaciones tecnológicas desde el punto de vista de la seguridad, en las sociedades aún marcadas por las metas de la modernización sencilla estas demandas por el riesgo están centradas preferentemente en el respeto a los derechos humanos, es decir a la calidad del trato de los funcionarios del Estado con la población. Los derechos humanos probablemente antes eran menos respetados en

nuestras sociedades, pero en la denuncia a sus violaciones lo que se pone en cuestión es el ejercicio de formas tradicionales de autoridad donde el abuso y el privilegio han sido y son en muchos casos las principales señas de reconocimiento para el ejercicio cotidiano del poder. Lo que a los defensores del ejercicio tradicional de la autoridad resulta verdaderamente insoportable es que estas críticas ya no se hacen desde el horizonte de la soberanía estatal sino desde una perspectiva global. Se trata de una política que es «sub» en el sentido que se apoya en el registro de las experiencias cotidianas de los ciudadanos, pero que también invoca una legitimidad por encima de la soberanía nacional. El otro lado de la sub-política tiene que ver con la complejización de la gestión del Estado, donde se forma una tecnocracia que toma decisiones por encima de los políticos. Los técnicos en finanzas muchas veces son los que imponen límites que resultan imposibles de transgredir para los gobernantes. Un ejemplo de ello es la creciente importancia política de la estabilidad monetaria como señal de capacidad de una gestión de riesgos limitados. Ya sea por exigencias de una tecnocracia mundializada o por demandas de calidad de vida que atraviesan los países más diversos, lo que tenemos es el rebasamiento del Estado nacional como actor político, al menos en la forma que hasta ahora se había reconocido.

Los últimos desarrollos de Beck han sido observaciones críticas sobre el abandono de la sociedad del trabajo. Ante la imposibilidad del pleno empleo, la aparente informalización de las actividades laborales también puede permitir el reconocimiento de otras actividades como «trabajo civil»; la innovación tecnológica, la expresión artística y la crianza de los niños serían parte de estas actividades que formarían parte del «trabajo civil» al lado del trabajo asalariado.

Para sociedades como las latinoamericanas, reflexiones como las de Beck ayudan a tomar conciencia de la complejidad de los desafíos sociales y políticos que hay por delante, donde tanto las demandas por la supresión de la miseria como la mejora de la calidad de vida de la gente resultan ambas impostergables. Quizá lo que haga manejable estos retos duplicados de la modernidad sea el afianzamiento de un sentido colectivo de las libertades individuales.